



PENINSULA DE SEAS

Amador Guallar En la tierra de Caín

Viaje al corazón
de las tinieblas de Afganistán

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITA

NOTA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. MIRA QUE TE MIRA DIOS. 2008-2010

1. EL DIABLO VIVE EN SHOHADA-I-SALEHIN
2. AFGANISTÁN EN UNA HABITACIÓN
3. PERDIDO EN EL DESIERTO CON LOS COWBOYS DE PENNSILVANIA
4. A CHARLES LE HAN CORTADO LA CABEZA
5. EL CAMINO HACIA EL NO CIELO
6. EL INSTANTE DE LA MUERTE
7. POR UN PUÑADO DE BURKAS
8. ¿COMPENSA SER UN ÁNGEL DE LA GUARDA?
9. SOLO EN LA CIUDAD DE LOS GRITOS

SEGUNDA PARTE. MIRA QUE TE ESTÁ MIRANDO. 2011-2013

10. ANTE EL MAL, UNA PASTILLA DE AMINA

11. LA AUTOPISTA DE LA MUERTE
12. DE ESPÍA TALIBÁN A SIGNO DEL DÓLAR
13. LA ACHURA DE MI SUERTE
14. DIECIOCHO HORAS DE COMBATES EN ABDUL HAQ
15. EL RÍO DE LOS *JINN*
16. JURA ANTES DE IR AL MATADERO
17. LA DELGADA LÍNEA ROJA

TERCERA PARTE. MIRA QUE VAS A MORIR. 2015-2016

18. CUANDO LA TIERRA MATA TODOS SOMOS INSECTOS
19. CUANDO EL BIEN SIGNIFICA COLABORAR CON EL ENEMIGO
20. ¿DÓNDE ESTÁ EL FUTURO QUE NOS PROMETIERON?
21. LOS FAREROS DE DASHT-E-BARCHI
22. LA NOCHE MÁS TRISTE
23. KABUL ERA UNA FIESTA
24. LA DIÁSPORA DE BEHROOZ
25. TENGO EL CORAZÓN CONGELADO

CUARTA PARTE. MIRA QUE NO SABES CUÁNDO. 2017-2018

26. EL MUYAHIDÍN DE LAS FLORES
27. COMPRANDO UNA NIÑA ESPOSA EN KABUL
28. UNA CUESTIÓN DE SUERTE, NADA MÁS
29. *ZU ASCHE, ZU STAUB* (A LAS CENIZAS, AL POLVO)

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a conte-
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Amador Guallar aterrizó en Afganistán en 2008 con un contrato precario en una productora audiovisual local de dudosa reputación; el peaje necesario para emprender la aventura, sin duda descabellada, de convertirse en corresponsal de guerra y de hacerlo directamente sobre el terreno.

Acabó viviendo casi diez años allí. Viajó y convivió con las tropas estadounidenses, diseñó operaciones de propaganda militar para la OTAN y campañas para la ONU, visitó campos sembrados de minas antipersona y sufrió, muy de cerca, diversos atentados. Una experiencia que destila en esta crónica en primera persona sobre la vida en una democracia más cerca del fogonazo que de la luz estable, doblegada por los ataques terroristas, las desigualdades sociales, la violencia extrema contra las mujeres y el éxodo de una juventud harta del conflicto.

Pero este no es solo un testimonio sobre la guerra. También es una inmersión en una tierra que se sale de los márgenes de la historia, en sus paisajes de leyenda que esconden mundos que han prosperado aislados, en sus joyas arqueológicas olvidadas y habitadas por muyahidines transformados en ascetas. Porque Afganistán no solo es un país, también es un estado mental. Y este libro lo demuestra.

En la tierra de Caín

Amador Guallar

Viaje al corazón de las tinieblas de Afganistán

ediciones península

¿Puede un hombre dimitir de la realidad? ¿Puede un cuerpo, ante la agresión del mundo, ante la fealdad del mundo, ante el horror del mundo, sustraerse a sus funciones, negarse a seguir siendo cuerpo, suspender sus razones, abdicar de ser lo que es; esto es, abdicar de ser una máquina sensible? ¿Puede un cuerpo decir: basta, no quiero ir más allá, esto es demasiado para mí?
¿Puede un cuerpo olvidarse de sí mismo?

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN, *La ofensa*

El hombre abandonó el resguardo de un tejado con goteras para sentarse bajo la lluvia.

Proverbio afgano





NOTA DEL AUTOR

El original de este libro, todas las copias digitales, así como la mayoría de las libretas, notas y material acumulado durante diez años para su redacción se quemaron en un incendio el 29 de mayo de 2018 en la Fire Guesthouse —conocida por hospedar a periodistas durante más de doce años y cuyo nombre, paradójicamente, se traduce como ‘Casa de huéspedes del fuego’; está situada en la calle 4 del barrio de Taimani, en el centro de Kabul—, semanas antes de la entrega a esta editorial, a cuyo empeño y trabajo debo su existencia. Gracias, Ramon Perelló y Ana Camallonga.

También a Eva Güell, el ángel de *El cielo sobre Berlín*, que me ha llevado de la mano al mundo editorial. A David Jiménez y Silvia Román, por darme la oportunidad de hacer reportajes para *El Mundo*. A mi familia, el pilar de todo. Y a mi mujer, Patricia Chaira, porque ella es la luz al final del túnel, pero en vida. Por ella sigo escribiendo.

Lo que viene a continuación es producto de la memoria y de los restos del naufragio; lo poco que sobrevivió al fuego y lo que he podido rescatar a través de amigos, conocidos y cajas varias que se quedaron por el camino en Esplugues de Llobregat, Puigcerdà, Nueva York, Nairobi y París.

Algunos de los nombres de las personas y compañías citadas en el libro se han cambiado para preservar su seguridad. Después de casi dos décadas de guerra, las venganzas políticas y personales siguen estando a la orden del día en Afganistán.

INTRODUCCIÓN

—Esta guerra la perderemos porque aquí no hay cerveza de verdad. La mierda sin alcohol que sirven en el economato es una bofetada del Tío Sam por nuestros pecados en Vietnam. Estas putas medias tintas no nos llevarán a ninguna parte.

—Claro... —respondo, intentando deshacer el batiburri- llo de correas del interior de mi casco verde de kevlar, en el que he escrito a ambos lados con rotulador permanente blanco la letra B+, mi grupo sanguíneo. Desisto y lo sujeto con ambas manos como si fuera una pila bautismal. En el interior no hay ninguna fotografía.

—Y este puto calor. Vaya horno, joder —continúa Jose- ph Astuto, artillero del pelotón Spartan de la Guardia Na- cional de Pensilvania. Se queja con un indiscutible acento de Staten Island, uno de los cinco vecindarios de Nueva Yo- rk, donde se crio. Su pronunciación del inglés suena como el chirrido de un vagón de tren frenando en la estación de Harrisburg, la capital del estado de donde viene la mayoría de los soldados de su unidad. Pensilvania, el segundo en ratificar la Constitución estadounidense en 1787, fue un miembro original de las trece colonias que se independiza- ron de la Corona británica, más o menos un siglo antes de

que lo hicieran los afganos.

Sentado, no es fácil disimular el temblor que se ha apoderado de mis piernas. Estamos en la provincia de Paktika, cerca de la frontera con Pakistán, donde dentro de unos momentos saldremos a patrullar por el territorio en el que los estadounidenses combaten abiertamente contra los talibanes; *the shit* (la mierda), como lo llama la soldadesca.

El especialista de primera clase, Astuto —SPC, según reza el título oficial que lleva adherido con velcro al pecho de la guerrera—, tiene el culo sobre unos tablones, doblados por su peso, que parecen a punto de estallar. Pero estamos en el único lugar con sombra en el pequeño cobertizo del patio del barracón C, delimitado por cuatro paredes de madera fina, y eso vale mil bancos chapuceros, por lo menos. El sol de agosto en el este de Afganistán no perdona a ninguna hora del día.

El recinto entero está cubierto por una capa de arena fina de color crema que se te pega por todo el cuerpo y que le da al lugar un aspecto eternamente sucio, como si la base del Equipo de Reconstrucción Provincial y de Combate de Sharana hiciese siglos que ha estado ahí y fuese una ruina arqueológica sin pasado. En Afganistán todo se hace viejo demasiado rápido. A veces tengo la sensación de que en este país el tiempo es relativo, un agujero negro en el que nunca sabes si vienes o vas, si has entrado o acabas de salir.

Astuto lleva puesto el equipo completo de combate. Tiene el fusil M-4 entre las piernas y los ojos clavados en el suelo. Parece RoboCop vestido de camuflaje. Algunas de las protecciones, sobre todo las de los hombros y codos, parecen bastante peliculeras. Sin embargo, horas después, cuando lo veo de pie en la torreta del vehículo Humvee, empuñando la ametralladora pesada M-240, mientras atravesamos la nada del desierto hacia la aldea hostil de Oma-